

En el Fondo del Abismo

EN EL FONDO DEL ABISMO
POR JORGE OHNET

[Ilustración]

PARÍS LIBRERÍA DE LA Vda DE CH. BOURET 23, RUE VISCONTI, 23
EN LA MISMA LIBRERÍA
ÚLTIMAS PUBLICACIONES

AFRODITA, por P. Louvs. Edición de lujo, con 150 grabados en el texto. 1t. 18, oblongo.

LA DAMA VESTIDA DE GRIS, por JORGE OHNET. 1 t. 12.

UN ANTIGUO RENCOR, por JORGE OHNET. 1 t. 12.

LA HIJA DEL DIPUTADO, por JORGE OHNET. 1 t. 12.

LA INÚTIL RIQUEZA, por JORGE OHNET. 1 t. 12.

EL CURA DE FAVIÉRES, por JORGE OHNET. 1 t. 12.

EL REY DE PARÍS, por JORGE OHNET. 1 t. 12.

EN EL FONDO DEL ABISMO, por JORGE OHNET. 1 t. 12.

BUEN MOZO, por G. DE MAUPASSANT. Edición ilustrada. 1 t. 12.

VÍRGENES Á MEDIAS, por MARCEL PROUST. 1 t. 12.

LA CAPILLA DEL PERDÓN, por ALFONSO DAUDET. 1 t. 12.

CABEZA DE FAMILIA, por ALFONSO DAUDET. 1 t. 12.

EL CULPABLE, por F. COPPÉE. 1 t. 12.

ESTELA, por C. FLAMMARIÓN. 1 t. 12.

FIN DEL MUNDO, por C. FLAMMARIÓN. 1 t. 12. Edición ilustrada.

EN EL FONDO DEL ABISMO

(LA JUSTICIA INFALIBLE)

[Ilustración: JORGE OHNET]

París.—Imprenta de la Vda de CH. BOURET.

JORGE OHNET

EN EL FONDO DEL ABISMO

(LA JUSTICIA INFALIBLE)

TRADUCCIÓN DE F. SARMIENTO

LIBRERÍA DE LA VDA DE CH. BOURET PARÍS 23, RUE VISCONTI, 23 MÉXICO 14, CINCO DE
MAYO, 14

1899

EN EL FONDO DEL ABISMO

PRIMERA PARTE

I

En el comedor de los Extranjeros del Club Automóvil, los convidados estaban acabando de comer. Eran las diez de la noche y los jefes de comedor servían el café. Los mozos se habían retirado y en el salón contiguo estaban preparadas las cajas de cigarros para los fumadores. Había allí doce comensales, seis hombres y seis mujeres, además de unfitrión, Cipriano Marenval, célebre industrial que había hecho una inmensa fortuna

fabricando y vendiendo una fécula alimenticia que llevas un nombre. En torno de la mesa, adornada de flores extrañas y chispeantes cristales y de argentería, las mujeres de dudosa moral y los amables vividores convocados por Marenval estaban agrupados en un desorden tan familiar como explicable, dada la excelencia de los manjares y la calidad de los vinos, y escuchaban a un joven alto y rubio que, a pesar de las frecuentes interrupciones de que era objeto, seguía hablando con tranquilidad imperturbable:

—¡No! no creo en la infalibilidad humana; ni siquiera en la de los que tienen la profesión de dictar sentencias y que pueden por consecuencia atribuirse una experiencia particular. ¡No! no creo que en el momento en que un ciudadano como ustedes y como yo se sienta en el banco de madera de la tribuna del jurado se vea súbitamente iluminado por revelaciones superiores que le otorguen la ciencia infusa. ¡No! no creo que unos honrados padres de familia, ni siquiera los solteros, en cuanto se endosan una toga, con o sin armiño, no sean ya susceptibles de engañarse en dictar sentencias discutibles. En resumen, reclamo el derecho de decretar en la ceguera de nuestros compatriotas en general y de los jueces en particular y siento, en principio, la posibilidad del error judicial!...

La concurrencia prorrumpió en voces tumultuosas, se elevó un concierto de imprecaciones y algunas de aquellas señoras empezaron a golpear los vasos con la hoja de los cuchillos. Los amigos del orador trataron una vez más de imponerle silencio con sus risotadas.

—¡Maugirón, nos estás aburriendo!

—¡Una cena de multa, Maugirón!

—¡Se escurre como un macarrón, este tipo!

—¡Qué cursi es eso! ¡Pues no se ocupa de la magistratura!...

—¡Oye! Pide una plaza de fiscal...

—¡Sois todos unos idiotas! exclamó Maugirón aprovechando un momento de calma.

—¡Qué grosero! dijo Marieta de Fontenoy. Oíd, debíamos marcharnos y dejarle solo.

—Marenval, ¿por qué nos invitas a comer con personas que tienen conversaciones serias a los postres? preguntó la linda Lucía Pithiviers.

—Mira, ahí tienes a Tragomer, dijo Lorenza Margillier a Maugirón, que escuchaba impasible todos esos apóstrofes. Ahí tienes un guapo muchacho que no es fastidioso en la mesa. Solamente ha hablado para decir cosas agradables. Tengo un capricho por él, y si él quiere te planto, para enseñarte a hacer conferencias.

—¡Digo, digo! exclamó Maugirón; ahí tienes un buen negocio, Tragomer, y yo también. Lorenza me quiere dejar por ti... No vaciles, amigo mío, tómalala. No desperdicies tanta dicha, ni aun al precio de mi desesperación. Pero, ante todo, dinos qué opinas sobre los errores judiciales.

—¡Oh! basta... ¡Pues no vuelve a empezar! ¡Esta chiflado! ¡Al ateneo!

¡Hacedle tragar la servilleta!

Todas estas interrupciones surgían de un coro de carcajadas, mientras el convidado a quien se había dirigido Maugirón permanecía silencioso e impasible. Era el tal un hombre como de treinta años, alto, fornido, de cabeza cuadrada, color tostado, negros y rizosos cabellos y magníficos ojos azules. Su boca se dibujaba grave bajo un oscuro bigote y subarquilla afeitada ofrecía todos los caracteres de la firmeza, casi de la obstinación. Su ancha frente limitada por las cejas, era blanca, surcada por admirables sinuosidades en las que se revelaban las facultades de reflexión y de imaginación. Al verle de pronto serio y un poco sombrío, la animación de los convidados se enfrió súbitamente. El viejo Chambol, amigo inseparable de Marenval, interrogó con una especie de inquietud al joven, cuya gravedad contrastaba tan fuertemente con la alegría de aquella comida.

—¡Eh! señor de Tragomer, ¿qué le pasa a usted? ¿Es que ese charlatán de Maugirón le ha impresionado con sus paradojas? ¿O es que la declaración de nuestra gentil Lorenza le parece a V. un cataclismo social? Muysilencioso está usted y muy triste para ser un hombre a quien se han puesto debajo de la nariz las más hermosas muestras de una bodega sin rival y ante los ojos los más bonitos hombros de París.

Tragomer levantó la frente y una sonrisa iluminó su semblante.

—Lorenza es encantadora, pero si se aceptase su proposición, no me perdonaría el haberla hecho dejar a Maugirón y éste me guardaría rencor por habérsela quitado. No arriesgaré, pues, esta doble pérdida. Si me habéis visto un momento pensativo es que reflexionaba sobre lo que acabé de decir nuestro amigo y que bajo los excesos de elocuencia a que se ha entregado creo que hay un fondo de verdad...

—¡Ah! exclamó triunfalmente Maugirón. ¿Lo veis? Tragomer, noble bretón cuya sinceridad está fuera de duda, puesto que no quiere engañarme con mi... amiga que se le ofrece sin ambages, comparte conmigo la opinión que yo he tenido el honor de desarrollar ante esta honrada concurrencia... Habla, Tragomer; tú debes tener argumentos para estos mogigatos que me chillaban hace un momento y ahora te escuchan con la boca abierta porque tomas esos aires tenebrosos que les hacen esperar revelaciones sensacionales. ¡Anda, amigo mío, rompe los diques de tu locuacidad, convéncelos, aplástalos, á Marenval sobre todo, que ha estado innoble conmigo, interrumpiéndome continuamente, como si estuviese yo elogiando alguna falsificación de su fécula, que es, dichosa de paso, la más sospechosa porquería que se ha fabricado nunca en los dos hemisferios!

—¡Adiós! ya se disparó... exclamó Marenval con desesperación. ¿Quién tiene ese molino de palabras?

—¡Cállate! gritó el coro de convidados.

—¡Tragomer! ¡Tragomer!

Y los cuchillos golpeaban los vasos en cadencia, con un ruido ensordecedor. El joven Maugirón hizo un signo con la mano para reclamarse silencio y con voz aflautada dijo:

—El señor vizconde Cristián de Tragomer tiene la palabra sobre el error judicial y sus fatales consecuencias.

En seguida se volvió á sentar y un silencio profundo se produjo, como si todos los concurrentes sospechasen que Cristián tenía revelaciones importantes que hacer.

—No ignoráis, dijo entonces Tragomer, que partí hace dos años para un viaje al rededor del mundo que me ha tenido alejado de París y de mis amigos hasta el otoño último. Durante esos veinticuatro meses he recorrido numerosos y variados países y paseado por ellos mi aburrimiento y mi tristeza. Tenía serias razones para dejar la Francia. Una gran pena había alterado mi vida. Un suceso misterioso, todavía inexplicable para mí, había producido la prisión, el procesamiento y la condena de mi compañero de la juventud, de Jacobo de Freneuse...

—¡Sí! nos acordamos de aquel deplorable asunto, dijo Chambol, y aun creo que Marenval era algo pariente ó aliado de la familia de Freneuse y que este pobre amigo estuvo muy afectado por el escándalo horrible que produjo el proceso.

—No es divertido, ciertamente, dijo Marieta de

Fontenoy, para un hombre como Marenval, que es la corrección y la elegancia mismas, el ver á uno de sus parientes en el banquillo de los acusados.

Marenval dirigió á la hermosa muchacha una sonrisa de agradecimiento y, tomando una actitud solemne, declaró:

—Aquello me podía hacer un daño inmenso ante el mundo, en el que acababa de entrar y al que había conquistado, me atrevo á decirlo, por el lujo de mi casa, por la esplendidez de mis fiestas y por mis escogidas relaciones. No hacía falta más para hundirme por completo. Yo era ya un industrial enriquecido en los artículos alimenticios, variedad social difícil de imponer en los círculos y de implantar en la buena sociedad, y tenía que pasar de repente á la situación de pariente de un condenado á muerte... ¡La cosa no era halagüeña!

—Bien puedes decir, amigo mío, afirmó Lorenza Margillier, que para ser un snob

, tuviste una entrada que no fué ordinaria...

—Yo no soy un

snob

, dijo vivamente y en tono de protesta Marenval. Solamente, me gusta la distinción en todo. Toda mi vida ha transcurrido en el trato de gente nauseabunda y ya estoy harto. ¡No quiero ya ver más que personas correctas!

—¡Te dejarías azotar por tutear á un duque!

—Tienes razón, Marenval; debemos fijar siempre nuestra vista en las alturas.

—¡Y buscar á los que nos desprecian!

—En todo caso, corrí gran riesgo de ser despreciado á causa de ese maldito asunto! replicó Marenval con aire ofendido. Así, podéis creer que la cosa me hizo brotar canas...

—¿Dónde las tienes?

—¿Te las tiñes?

—¡Para no exponerlas á enrojecer!

—Pero, eso sí, cumplí mi deber con la familia de Freneuse, pues me puse á la disposición de la madre del desgraciado y culpable Jacobo.

—¿Culpable? interrumpió bruscamente Tragomer. ¿Está usted seguro?

Á esta pregunta, tan directamente formulada, se produjo un efecto de estupor.

—He participado, por desgracia, de la convicción de los magistrados, del jurado y de la opinión pública, dijo Marenval, pues, en realidad, era imposible dudar. El mismo acusado, en medio de sus protestas, de su exasperación, no encontró ni un argumento, ni un hecho que citar en su defensa. Ni una declaración le fué favorable, y en cambio hubo en contrasuya veinte de las más abrumadoras. ¡Oh! Se puede decir que todo contribuyó á perderle, su misma imprudencia, su conducta anterior, todo, en fin. Me duele en el alma hablar así, pero me obliga á ello el convencimiento. No creo, no puedo creer en la inocencia de ese desgraciado, á menos de ser un insensato. Es imposible dudar que mató á su querida, la encantadora Lea Peralli.

—¿Para robarla? añadió irónicamente Tragomer.

—Él mismo había empeñado, el día anterior, en el Monte de Piedad, todas las alhajas de la víctima.

—Entonces, ¿por qué matarla, pues que ella misma le había dado todo cuanto tenía?

—Las papeletas valían, lo menos veinte mil francos... Jacobo debía una suma igual á la caja del círculo. La deuda fué pagada en el momento preciso, las papeletas fueron presentadas el mismo día y las alhajas desempeñadas... Lea Peralli vivía aún en ese momento; murió aquella misma noche... ¡Ah! Ese maldito asunto está muy presente en mi espíritu.

—Sí, todo lo que acaba usted de contar es exacto, repuso Tragomer; el pobre Jacobo desempeñó las joyas, pero negó siempre haber vendido las papeletas. Pretendía que el verdadero asesino las había robado y desempeñado las alhajas antes de que el crimen fuese conocido. Pues bien, si Jacobo no hubiera cometido el crimen por el cual fué condenado, ¿qué diríais?

Esta vez el bello Cristián no pudo dudar de que se había apoderado de su auditorio. Todos se callaron y sus ojos fijos en él con apasionado ardor, sus actitudes violentadas por una intensa curiosidad, indicaban el interés que había sabido excitar en todos los espíritus.

—¿Y entonces? preguntó, por fin, Marieta.

—Entonces, dijo lentamente Tragomer, creo que se ha cometido en este asunto un error judicial y que nuestro amigo Maugirón hablaba hace un momento con mucha razón.

—Yo he conocido mucho á Lea Peralli, dijo Lorenza Margillier. Era una muchacha muy agradable y que cantaba deliciosamente.

Los demás perdieron la paciencia y, no pudiendo contentarse con tan poco, exclamaron:

—¡La historia! ¡La historia! ¡En esto hay una historia!

—Sí, por cierto, respondió tranquilamente Tragomer; pero no esperéis que os la cuente.

—¿Por qué no?

—Porque sé que tengo que habérmelas con las diez lenguas mejor cortadas de París, y no quiero que mi secreto...

—¿Hay un secreto?

—Que mi secreto corra mañana por las calles, por los salones y por los periódicos.

—¡Oh!

Aquello fué un grito de reprobación general y el mismo Maugirón abandonó el partido de Cristián y se pasó al enemigo, gritando más fuerte que todos.

—¡Abajo Tragomer! ¡Fuera Tragomer!

Pero el noble bretón les miraba con sus hermosos y tranquilos ojos, y escuchaba impasible sus maldiciones, el codo sobre la mesa y la barba apoyada en la mano. Dejó que se exhalase el descontento general y dijo con voz sosegada:

—Si el señor Marenval quiere escucharme, voy á contarle lo que sé.

—¿Y por qué á él y no á nosotros?

—Porque él está unido á la familia de Freneuse y porque, como él decía hace un instante, esos sucesos le han hecho sufrir grandemente. Es, pues, equitativo darle hoy ocasión de sacar algún provecho...

—¿Y cómo?

—Eso es lo que me propongo explicarle dentro de un momento...

—¡Muy bien! ¡Nos pone en la puerta, por añadidura!

—Maugirón, te perdono; has encontrado la horma de tu zapato. Tragomer es todavía más fastidioso que tú.

—¡Como! ¿No dejáis quedarse ni á Chambol, el indispensable Chambol?

—Son las once, dijo Tragomer, y la ópera reclama á Chambol: hoy hacen Coppelia
. Si no va por allí, ¿qué dirán las bailarinas?

—¿Veis, amigos? Nos esforzamos por ser buenos y no se nos hace quedar...

—¡No! Marenval; excusas insistir para que nos quedemos...

—¡Es inútil que nos supliques; somos inflexibles Nos vamos, Marenval, nos vamos.

—Entonces, no hagáis el tonto, dijo Marenval con solemnidad. Las circunstancias, como veis, son graves. Dejadme amablemente con Tragomer. Y en recompensa...

—¡Ah! ¡ah! Un regalo! exclamaron las damas.

—¡Bueno! sí, un regalo, dijo Marenval. Mañana, en todo el día, recibiréis un recuerdo mío.

Las mujeres batieron palmas. La generosidad de Cipriano era conocida: el recuerdo sería de valor.

Maugirón entonó, con la música de la marcha del Profeta:

—¡Marenval! ¡Honor á Marenval!

Y todos entonaron en coro el himno solemne hasta que el héroe de aquel homenaje les interrumpió diciendo:

—¡Silencio! Vais á hacer venir los comisarios del círculo. Sed razonables y marchaos con orden. Un beso y buenas noches.

Todas aquellas bonitas caras se aproximaron á los labios glotones de Marenval y se rozaron con su rudo bigote. Se cruzaron unos cuantos apretones de manos y la alegre cuadrilla pasó al salón inmediato para vestirse. Marenval cerró la puerta, y una vez solo con Tragomer, se sentó de nuevo, encendió un cigarro y dijo al joven:

—Ahora, podemos hablar.

—Bien sabe usted, querido amigo, los lazos de cariño que me unían desde la niñez á Jacobo de Freneuse. Hemos sido compañeros de colegio y servido juntos en el regimiento. Nuestra existencia ha sido, por decirlo así, común. He participado de todas sus locuras juveniles. No hemos sido ciertamente muy moderados en nuestros placeres y con frecuencia hemos dado lugar á críticas, pero estábamos llenos de ardor y de fuerza y merecíamos un poco de indulgencia.

—Usted sí, amigo mío, usted, que siempre ha conservado, aun en los excesos, una corrección perfecta; pero Jacobo...

—Sí, bien sé; Jacobo pasaba los límites y no sabía detenerse á tiempo. Era un exagerado y así en los goces como en las penas iba hasta el último extremo... Le he visto llorar arrepentido en los brazos de su madre, como un niño, después de alguna calaverada gorda, lo que no le impedía repetirla el día siguiente. Lo peor del caso era que la fortuna de su familia no permitía las prodigalidades á que él se entregaba, por lo que, disipada la herencia de su padre, mi desgraciado amigo tuvo que estar á cargo de su madre y de su hermana.

—¡Ah! querido amigo, ahí es donde yo dejé de comprenderle y me hice severo para él. Mientras no hizo más que derrochar su capital, le juzgué imprudente, sabiendo que era incapaz de bastarse á sí mismo, pero no le vituperé. Cada cual tiene derecho de hacer lo que quiere de su dinero. Uno atesora y otro malgasta; cuestión de gusto. Pero imponer sacrificios á los parientes, estar á cargo de dos pobres señoras para ir después á correrla con mujeres perdidas, creo que merece todas las severidades.

—No es usted el único que piensa de ese modo; todos los consejos que le di entonces estuvieron conformes con los principios que usted sustentó muy justamente. Pero Jacobo, arrebatado por la fuerza de las pasiones, no tuvo en cuenta mis advertencias. Me respondía que á mi me era fácil la moral, porque la basaba sobre cien mil libras de renta; que los ricos tenían gran facilidad en predicar la virtud á los que están sin un céntimo y que, ciertamente, si él pudiera no contraer deudas, sería el hombre más feliz del mundo. Y las contraía, lo sé por experiencia. Si le hubiera dejado hacer, hubiera dado al traste con mi caja, pero, aunque le quería tiernamente, tuve que calmar su afición desmedida á pedirme prestado, porque vi que muy pronto me pondría en apuro, sin salir de ellos él mismo. Por otra parte, la señora de Freneuse me suplicó que no fomentase con mi dinero los desórdenes de Jacobo. La pobre señora creía que se detiene un caballo desbocado tirándole de las riendas, como si toda presión y toda resistencia no sirviesen, por el contrario, para exasperar su locura.

—¿No existió en aquel momento un proyecto de enlace entre la señorita de Freneuse y usted?

Tragomer palideció y su cara tomó una expresión dura y dolorosa. Sus ojos se hundieron bajo las cejas y su color azul se ensombreció como un lago sobre el cual pasa una negra nube. Bajó la voz y dijo:

—Me recuerda usted uno de los momentos más dolorosos de mi vida. Sí, yo amaba y amo aún a María de Freneuse. Iba a casarme con ella cuando ocurrió la catástrofe... Parece que estoy viendo a la madre de Jacobo cuando llegó a mi casa una mañana, medio loca de dolor y de espanto, se dejó caer en un sofá, pues no podía tenerse en pie, y me dijo sollozando: acaban de prender a Jacobo... en casa... hace un momento...

—¿Se acababa de descubrir la muerte de Lea Peralli?

—Sí, se acababa de encontrar en el cuarto de Lea una mujer muerta de un tiro de revólver y con la cara enteramente desfigurada por la herida...

—¡Una mujer! repitió Marenval, muy extrañado de la forma de la frase y del tono en que Tragomer la había dicho. ¿Acaso duda usted que la muerta fuese Lea Peralli?

—Lo dudo.

—Pero, amigo mío, replicó Marenval con viveza, ¿por qué no ha dicho usted eso más pronto? ¿Al cabo de un año viene usted a aventurar una opinión tan extraordinaria? ¿Quién le ha impedido a usted hablar en el momento del proceso?

—En aquella época no tenía las mismas razones que hoy para dudar.

—Pero, ¿cuáles son esas razones? ¡Diablo! ¡Me hace usted saltar con su sangre fría! Cuenta usted cosas que le hacen a uno caerse de espaldas, con el tono de un caballero que está leyendo los carteles de los teatros... ¿Por qué cree usted que Jacobo de Freneuse no ha matado a Lea Peralli?

—Pues, sencillamente, porque Lea Peralli está viva.

Esta vez Marenval se quedó aturdido. Abrió la boca, pero no acertó a articular ningún sonido; sus ojos se abrieron desmesuradamente y toda su emoción se tradujo en un movimiento de cabeza y un chasquido de manos, aplicadas con fuerza al borde de la mesa. Pero Tragomer no le dio tiempo para reponerse y añadió en seguida:

—Lea Peralli está viva. La he encontrado en San Francisco, hace tres meses, y justamente porque tuve el convencimiento de que la tenía delante, di por terminado mi viaje y he vuelto a Francia.

El entusiasmo que este relato produjo en Marenval fue más fuerte que su escepticismo. Se levantó, dió la vuelta al comedor y dijo con voz entrecortada:

—¡Increíble! ¡Asombroso! Este Tragomer... Ahora comprendo por qué ha hecho marcharse a los demás... ¡Vaya un escándalo que hubieran armado! ¡Este sí que es asunto!

Cristián, con mucha calma, le dejaba agitarse y hacer exclamaciones de asombro y esperaba que su interlocutor volviese a él, atraído por su violenta curiosidad. No le miraba; su vista parecía seguir una visión lejana mientras una triste sonrisa se dibujaba en sus labios. Después de un instante de silencio, dijo lentamente:

—Cuando pienso que Jacobo está rodeado de bandidos, encerrado en un presidio por un crimen que no ha cometido, se apodera de mí una profunda tristeza. No hay destino más espantoso que el de un desgraciado que oye afirmar violentamente su culpabilidad, que oye probarla, a quien se arroja en un calabozo y se pone en incomunicación, y que al oírse insultar en el despacho del juez de instrucción y en el banquillo, sufre en público la agonía moral y física del más atroz martirio y repite a los demás y a sí mismo hasta volverse loco: ¡Soy inocente! Sus protestas son acogidas con voces y sarcasmos. Los jueces se dicen: ¡qué monstruo! Los jurados piensan: ¡vaya un malvado endurecido! Los periodistas hacen a su costa frases ingeniosas y el público entero se deja llevar por ellos. He aquí un hombre cuya suerte está decidida sin apelación posible. La sociedad, por medio de sus jueces, le ha puesto el estigma de asesino y es preciso que lo sea para siempre. No tratéis de discutir; la ley está ahí y detrás de ella los jueces, que nunca se engañan, pues, como se ha dicho aquí hace un momento, el error judicial no existe, es una impostura inventada por los periodistas. Si de vez en cuando se rehabilita algún condenado, cuya inocencia ha logrado salir a luz, casi siempre después de muerto el víctima, ha sido que una facción poderosa ha logrado arrancar a la justicia infalible la confesión de su error. Ya entonces se retracta de mala gana. Si, por una gran casualidad, el sentenciado vive todavía, la fuerza pública, en vez de darle solemnemente todo género de excusas, en vez de reparar el daño moral y material que ha sufrido aquel hombre, confiándole un puesto honroso y lucrativo, le declara a regañadientes que está libre y le pone en la calle diciéndole, poco más o menos: "Anda, buen mozo, y que no te dejes pescar otra vez..." ¡Oh, justicia! ¡Hermosa justicia! ¡Bien pagada, muy decorada y grandemente honrada justicia! ¡Yo te admiro!

Al decir esto Cristián prorrumió en una carcajada. Ya no era el frío y tranquilo Tragomer, del que se burlaban amablemente las muchachas por encontrarle demasiado reservado. La sangre asomaba a su tez y sus ojos brillaban. Se volvió hacia Marenval, que no acertaba a decir palabra, y continuó:

—Hace dos años que Jacobo está agonizando bajo el peso abrumador de una condena no merecida. Su madre está en duelo y su hermana, desesperada, quiere hacerse religiosa. Y todo porque un bribón

desconocido ha cometido un crimen y con extremada habilidad ha sabido atribuírselo á ese infeliz, quien por su parte no parece sino que lo había preparado todo de antemano, á fuerza de desorden, de imprudencia y de locura, para que se le supusiese culpable y para que le fuese imposible probar que no lo era.

Marenval empezaba á estar inquieto. Los comentarios de Cristián sobre la pretendida infalibilidad de los jueces habían enfriado su entusiasmo. Encontraba que el interés del relato había languidecido y con todo el rigor de un crítico que reclama un corte en el diálogo, dijo:

—Nos estamos extraviando, Tragomer: volvamos á Lea Peralli. Me ha dicho usted que la encontró. Pero, dónde, en qué circunstancias... Eso es lo que yo quiero saber. Ahí está el nudo de la intriga. Dejemos lo demás para otra ocasión y hábleme usted de Lea Peralli. Estaba usted en San Francisco y se encontró con ella. ¿Dónde? ¿Cómo?

—De un modo tan sencillo como inesperado. Había yo llegado el día anterior con Raleigh-Stirling, el famoso sportman escocés, que se dedica á la pesca del salmón y al que había encontrado en el lago salado capturando monstruos. Se vino conmigo, dispuesto á seguir su pesca en Sacramento, y yo me entretuve en cazar en el Canadá, donde maté algunos bisontes. Hacía, pues, algunas semanas que ambos vivíamos en el desierto y fué para nosotros un cambio agradable el encontrarnos en medio de la animación civilizada de una ciudad, entre compañeros amables. Precisamente, el banquero más rico de la ciudad, Sam Poeter, erapariante de mi compañero de camino, y en cuanto supo nuestra llegada, nos envió á buscar en su coche, hizo recoger nuestros equipajes en el hotel y de grado ó por fuerza nos instaló en su casa. Era el tal un solterón de cincuenta años, y rico como lo son los de aquel país, vivía como un príncipe sin privarse de ningún placer. El primer día, después de una comida excelente, nos dijo: "Esta noche hay ópera: se canta Otello, por Jenny Hawkins, que hace de Desdémona, y el gran tenor italiano Novelli, en el personaje del moro. Iremos, si queréis, á oírlos en mi palco. Si os aburrís, volveremos á casa ó nos iremos al círculo Californiense; como queráis." Á las diez entrábamos en el proscenio de Pector y nos encontramos un público entusiasmado con los cantantes, que realmente tenían talento, pero que estaban secundados por detestables artistas que convertían la representación, fuera de las escenas de los protagonistas, en un verdadero escándalo musical. Jenny Hawkins no estaba en escena ni apareció hasta el final del acto. Al verla, experimenté la impresión muy clara de conocer á la mujer que acababa de presentarse ante mí. Era una morena de facciones acentuadas, ojos atrevidos y aventajada estatura. Se adelantó hacia el proscenio y empezó á cantar. En el mismo instante, como si la memoria me acudiese repentinamente, me di cuenta del parecido que me había chocado. Jenny Hawkins era el vivo retrato de Lea Peralli, pero una Lea tan morena como rubia era la otra, más alta y más gruesa. La impresión que experimenté fué sumamente penosa. Me volví á mirar hacia el público para no ver aquel fantasma que allá, en el fin del mundo, venía á recordarme precisamente las dolorosas circunstancias que me habían hecho exiliarme. Pero si no la veía, oía su voz, que cantaba la hermosa melodía de la plegaria. Con mucha frecuencia había oído cantar á Lea cuando iba á su casa con Jacobo, pero no reconocía su voz. Era la misma y no lo era, así como la cara de Jenny era la de Lea y sin embargo se diferenciaba de ella en ciertos detalles. Y después, ¿cómo había de ser aquella cantante Lea Peralli, que había muerto en la calle Marbeuf dos años antes y cuya muerte expiaba Jacobo en la Numea? ¡Locura! ¡Ilusión! Encuentro fortuito que no podía tener ninguna consecuencia. Sensación que duraría el espacio de una velada y que se desvanecería en cuanto cayese el telón. ¡Ay! La terrible realidad que aquel parecido evocaba en mí se grabaría en mi alma más irrevocable que nunca. Pensaba yo todo esto mientras oía cantar á la artista y, sin embargo, la emoción que había sentido al verla aparecer en escena había sido tan viva, que quise comprobarla por un nuevo examen. Me volví y miré á aquella mujer. Estaba arrodillada en un reclinatorio, con la hermosa cabeza apoyada en las manos cruzadas y con los ojos fijos en el cielo como para implorarle. Me estremecí. Por segunda vez y con mucho mayor intensidad que la primera, tuve la sensación de que Lea Peralli estaba delante de mí. Una noche, en que Jacobo la había maltratado, después de una de sus violentas y frecuentes querellas, la vi arrodillarse así delante del sillón en que su amante estaba recostado. En aquel momento me parecía verla con los codos en los brazos del sillón y la mejilla apoyada en las manos cruzadas, dirigiendo á Jacobo una sonrisa tierna y suplicante. Era la misma fisonomía, la misma actitud, la misma mirada, la misma sonrisa. ¿Era posible que existiera tal semejanza, no ya tan sólo física, sino moral? Aquella prueba afirmó mi creencia más de lo que yo deseaba y una turbación extraordinaria se apoderó de mí. Me incliné hacia el banquero y le pregunté:

—¿Conoce usted á esta Jenny Hawkins?

—Ciertamente. Es la tercera vez que viene á cantar en San Francisco y siempre ha tenido mucho éxito.

—¿Ha hablado usted con ella?

—Más de diez veces. He cenado con ella cuando era querida de mi amigo John-Lewis Day, el gran tratante en oro del Sacramento. Es una muchachamuy amable.

—¿Qué edad cree usted que tendrá?

—Podrá tener, acaso, unos veinticinco años. Parece de más edad en lacalle que en la escena, porque allí no está pintada, y además la existencia de artista en expedición aja mucho la belleza de una mujer. Es muy agradable. En este momento no tiene á nadie; si le gusta á usted, le presentaré.

El pensamiento de encontrarme en presencia de aquella mujer hizo latir violentamente mi corazón y debí palidecer, porque Pector se echó á reír y me dijo:

—¡Diablo! ¿Tan impresionable es usted, querido? ¿Ó es que está usted bajo el imperio de la abstinencia? La verdad es que la hospitalidad de las indias de los lagos no es muy halagüeña, ¿verdad?

La bulliciosa alegría del americano me dió tiempo para reponerme y continué mi interrogatorio.

—Jenny Hawkins ¿habla el inglés sin acento extranjero?

—Le habla con mucha pureza, pero usted sabe que en América, como en Francia, tenemos diversas pronunciaciones, según las provincias. No mesorprendería que Jenny fuese canadiense. Hay un ligero matiz francés en su manera de acentuar ciertas palabras.

—Habla asombrosamente el italiano...

—¡Oh! Ha tenido forzosamente que aprenderlo en interés de su carrera. Todas las compañías que pasan por aquí cantan en italiano ó en alemán...

—¿Es de carácter alegre?

—No; mas bien melancólico.

—¿Y el cabello que enseña en su papel es suyo ó es una peluca? ¿Es realmente morena?

—¿Qué cosas tiene usted! ¿Qué puede importar eso? ¿No lo gustan á usted las mujeres si no son de un color determinado? Con los tintes no se puede hoy saber si una cabellera es natural. ¿Quiere usted saber mi opinión? Pues creo que Jenny es naturalmente morena, pero que debe haberse pintado de rubio en otro tiempo...

—¡Rubia! exclamó muy turbado. ¡Tiene un ligero acento francés y se ha teñido de rubio!

—¡Vamos! querido, ya verá usted cómo todo le sale á pedir de boca:

Jenny resultará, de fijo, una verdadera morena y una falsa americana...

Pero baja el telón. Vamos al escenario, si usted quiere; hablaremos con

la

prima donna

y la invitaremos á cenar.

—Otro detalle, dije. ¿Cuánto tiempo hace que Jenny viene á América?

—Seguramente, hace tres años.

—¡Tres años! ¿Y con el nombre de Hawkins?—¡Claro está!

Todas mis combinaciones caían por tierra ante aquella afirmación de que la cantante era conocida en San Francisco hacía tres años y con el nombre que llevaba actualmente, ¿Cómo podía haber sido Lea Peralli en París y Jenny Hawkins en América, al mismo tiempo? Lea había pasado un año entero ante mí, hacía dos solamente, en aquel cuarto de la calle Marbeuf donde una mañana se la encontró muerta. Esa doble presencia era inadmisibile. La identidad de la americana estaba establecida con claridad y, sin embargo, era la viva imagen de la desgraciada cuya muerte expiaba Jacobo. Una fuerza más poderosa que el razonamiento, que la verosimilitud y que la cordura me oprimía el pensamiento y me repetía á pesar de todo: "Es Lea Peralli".

Salimos del palco y atravesamos el pasillo del vasto teatro. Con un allave que sacó del bolsillo abrió Pector la puerta de comunicación y pasamos desde la luz de las lámparas eléctricas á las tinieblas de los bastidores. Seguí á mi guía, que evolucionaba entre los trastos, los accesorios y las decoraciones con la seguridad de un

antiguo abonado. Todo el mundo le saludaba al pasar y el director de la compañía se precipitó ante él como si fuese un soberano. Pregunté el porqué á Raleigh-Stirling y me respondió flemáticamente que su pariente era uno de los cuatro propietarios del teatro que ponían aquella magnífica sala á disposición de los empresarios, casi de balde, á fin de que ni sus conciudadanos ni ellos mismos careciesen de placeres artísticos. Desde aquel momento nos conducía el empresario en persona. Subimos un piso, seguimos el corredor de los cuartos de los artistas y nos detuvimos ante una puerta á la que nuestro guía llamó discretamente, diciendo:

—¿Se puede, mi querida miss Hawkins?

—¿Quién está con usted? preguntó desde el interior una voz que no era la de la cantante.

—El señor Pector y dos amigos suyos.

—Que pasen.

La puerta se abrió y la doncella nos recibió en un saloncillo que precedía al cuarto de vestirse de Jenny. Por la puerta entreabierta venía hasta nosotros una viva luz, un olor de agua de tocador y un susurro de palabras. De pronto se oyó una vocalización; era que la cantante ensayaba, sin cuidarse de nuestra presencia, mientras cambiaba de traje.

La doncella entró á reunirse con su señora y nosotros nos quedamos solos en el saloncillo. Pector y Raleigh se sentaron al lado de la chimenea, mientras yo, invenciblemente atraído por aquella puerta entreabierta, avanzaba á pasos ligeros, la cabeza inclinada, aprestando el oído y escuchando los más vagos rumores. Me apoyé en la pared de modo que era posible verme desde dentro por la rendija de la puerta. De pronto oí cerca de mí una exclamación comprimida y esta palabra dicha en francés y en voz baja:

"¡Cuidado!" y en seguida mi nombre "¡Tragomer!"

En el momento se cerró la puerta y todo quedó en silencio. Sin embargo, yo no había soñado; esta vez estaba seguro de haber oído, y la palabra "cuidado" precediendo á mi nombre había sido pronunciada por una voz masculina. Todo este asunto se presentaba en tales condiciones de misterio que se apoderó de mí una impaciencia febril y sin cuidarme de lo que pudieran pensar mis compañeros, di un paso para abrir aquella puerta que de modo tan singular acababa de cerrarse y penetrar en el cuarto tocador, cuando la puerta se abrió y dió paso á Jenny Hawkins.

La artista se adelantó sonriente y con mirada segura. Sus ojos se fijaron en mí antes que en los demás y no vi que se turbaran. Sus labios expresaban un gracioso descuido y me hizo un signo amistoso con la cabeza, con esa acogida fácil que caracteriza á los artistas, acostumbrados á recibir los homenajes de los desconocidos, como príncipes en medio de la multitud. Pector salió á su encuentro y nos presentó, á su primo y á mí. Al oír mi nombre la cantante inclinó la cabeza con un ligero matiz de extrañeza y de interés, y dijo alegremente á Pector:

—¡Ah! Un noble francés... ¡En América! Es raro... ¿El señor habla inglés?

—Sí, señora, dije sin esperar más; lo hablo bastante mal para expresarme, pero bastante bien para adivinar á usted.

De propósito recalqué la palabra "adivinar", pero la cantante no pareció comprender el alcance amenazador que había yo dado á mi respuesta. Sonrió y me ofreció la mano diciendo:

—Tengo mucho gusto, caballero, en conocer á usted.

Debo confesar que en aquel minuto decisivo no había en Jenny Hawkins más que muy poca cosa de Lea Peralli. Como en esos retratos borrados por el tiempo en los que no se distingue más que las facciones debilitadas del modelo, el parecido se atenuaba y la muerte desaparecía empujada por la vida. En vano buscaba ya los detalles que hubieran podido recordarme á Lea Peralli. La actitud de la mujer que tenía delante no era la misma que la de la infeliz asesinada. La sencilla alegría, el aire risueño y las actitudes infantiles que caracterizaban á la italiana, estaban reemplazadas en la inglesa por la fría altivez, la grave seguridad y la firme actitud de una artista segura del público y de sí misma.

—No puedo reteneros mucho tiempo conmigo, á pesar del placer que en ello tendría, dijo Jenny; tengo que bajar á escena para el último acto. ¿Cómo han encontrado ustedes á Novelli? ¡Qué bien ha cantado! ¡Es un gran artista!

—Su éxito no puede compararse más que con el de usted, dije, pero yo atribuyo en él al compositor más parte que la generalidad.

—Sí, respondió Jenny inclinando ligeramente la cabeza. Este papel no es el mejor de mi repertorio. Si viene usted á oírme la

Traviata

, legustaré más.

—No lo creo, dije con atrevimiento. Me sería muy penoso ver á usted morir en escena.

La cantante levantó la cabeza, fijó su mirada en la mía y dijo:

—¿Por qué?

—Porque esa muerte me traería punzantes recuerdos.

Jenny se echó á reír.

—¡Ah! Es usted impresionable y sentimental, como buen francés... ¿Qué tiene de común la música de Verdi con esas impresiones pasadas?

—Se lo explicaré á usted, si así lo desea...

—No tengo tiempo, y es lástima.

—Pues bien, amiga mía, dijo Pector; ¿quiere usted cenar con nosotros esta noche, después de la ópera?

—Lo agradezco mucho, pero estoy muy cansada y necesito cuidarme la voz.

—Entonces, pregunté, ¿me permite usted verla en su casa mañana?

—Con mucho gusto. Vivo en el hotel de los Extranjeros, plaza de la Villa. Después de las cuatro, si á usted le parece. Tomaremos una taza de té y hablaremos.

Me incliné sin responder, y Jenny nos estrechó la mano á mis compañeros y á mí, nos acompañó hasta el corredor y volvió á su cuarto, cuya puertacerró cuidadosamente.

Fuera ya de la presencia de aquella mujer, recobré la facultad de analizar, de discutir y de comprender. Si no hubiera oído pronunciar mi nombre por aquella voz masculina que salía del cuarto tocador, acaso hubiese renunciado á establecer entre Lea Peralli y la cantante una relación que se hacía más vaga á medida que yo precisaba mis observaciones. Pero había oído aquellas palabras. ¿Quién era aquel hombre que me conocía y que advertía á Jenny que tuviese cuidado cuando yo apareciese?

La identidad de las dos mujeres, debilitada por las diferencias de aspecto y de expresión que había observado, así como por las imposibilidades materiales de tiempo, de condición y de nacionalidad que se deducían de las noticias de Pector, se encontraba restablecida por la intervención de aquel desconocido que, evidentemente, me señalaba á Jenny como peligroso. Á este pensamiento acudían á mí todas mis angustias y me sentía poseído por una viva curiosidad. Poco me importaba la cantante; lo que yo deseaba era saber quién era su compañero, aquel francés que me conocía y cuya presencia debía, por sí sola, aclarar la situación.

Llegados al palco, Pector me dijo:

—¿Nos quedamos?

—La verdad es, respondí, que me duele un poco la cabeza. Hace seis meses que no asisto á fiestas semejantes y todas las notas de la partitura me bullen en el cerebro. Creo que me vendría bien tomar el aire.

—Entonces despediré el coche y volveremos á pie.

Á poco tiempo salimos á la calle y nos pusimos á pasear por los inmensos barrios de la ciudad, fumándonos un exquisito cigarro. La casualidad nos llevó á la plaza en que está erigido el monumental edificio del Ayuntamiento.

—¿Dónde está el hotel de los Extranjeros? pregunté.

—Enfrente de nosotros; esa gran fachada iluminada. No es una casa de diez y siete pisos como las de Nueva York; aquí tenemos sitio abundante para edificar. ¿Quiere usted entrar? Hay un magnífico restaurant

...

Pector servía á maravilla mis designios con su manía americana de pasear por los sitios públicos y de entrar en todos los cafés á tomar un emparedado y un cocktail

. Acababa yo de formar el proyecto de esperar á Jenny delante del hotel para sorprenderla con su compañero. Un presentimiento me decía que habría de volver con él y que allí, en un segundo, podría yo saber el secreto de aquella mujer. Porque, no era posible dudar; Jenny tenía un secreto. Seguí á mis compañeros al interior del hotel, me senté con ellos á una mesa llena de esos refrescos que abrazan el cuerpo, y pasado un rato llamé al mozo.

—¿Á qué hora acaba el teatro?

—Á eso de las doce.

Thank You for previewing this eBook

You can read the full version of this eBook in different formats:

- HTML (Free /Available to everyone)
- PDF / TXT (Available to V.I.P. members. Free Standard members can access up to 5 PDF/TXT eBooks per month each month)
- Epub & Mobipocket (Exclusive to V.I.P. members)

To download this full book, simply select the format you desire below

